

25/7/07

Hoy como todos los días no ha salido el sol por la mañana. Mis padres dicen que hace más de dos siglos que no sale el sol. Mi sueño es poder ver algún día el sol. John y yo, Amanda, nos levantamos muy animados por la mañana para ver si salía el sol, pero hoy no era ese día.

Ayer a la hora de acostarnos la abuela Sara nos volvió a contar la antigua leyenda de nuestra ciudad, Ristil.

La abuela dijo así:

Hace mucho, mucho tiempo, un día de primavera en el que el sol brillaba y los pajarillos volaban libremente por el cielo. Un viejo hechicero, sentado en el borde de una charca, pelaba patatas. Entonces un caballero se acercó a él pidiéndole asilo en su casa para pasar una semana. El anciano le permitió quedarse. Un día el joven, vio al anciano con algo que brillaba en su mano, era una hoja de oro, le preguntó que donde la había cogido, y el anciano le contó que había plantado un árbol que daba hojas de oro detrás de su casa. El joven pensó que si cogía todas las hojas se haría rico. Y así hizo, cogió todas las hojas del árbol, su caballo, y se fue de allí. El anciano preocupado porque el joven caballero no volvía, fue a buscarle, pero no lo encontró, sólo vio el árbol sin hojas. El anciano, muy enfadado, le maldijo diciendo que en esa ciudad no volvería a salir el sol, y que, a no ser que alguien encontrara una hoja de oro y la plantara en la colina antes de que pasaran 100.000 días de oscuridad, la ciudad quedaría totalmente sumida en la oscuridad más absoluta. Hasta hoy que seguimos en la oscuridad.

Amanda se dio cuenta de que al siguiente día se acabaría el plazo, y ella quería ver el sol, así que le dijo a su hermano John que debían encontrar una hoja de oro y podrían ver el sol.

Desde ese momento emprendieron su viaje en busca de una hoja de oro. Cuando estaban andando, John vio que alguien se les estaba acercando, por lo que echaron a correr en la dirección contraria. Cuando se dieron la vuelta y vieron que nadie les seguía pararon de correr, pero no sabían donde estaban, se habían perdido. A lo lejos vieron un bosque y decidieron ir hacia allí, pero había un problema, no había farolas, así que sacaron las linternas. En el bosque se escuchaba el canto de los búhos que daba bastante miedo.

-¿Por dónde quieres que vallamos John?- Preguntó Amanda

-Yo creo que deberíamos adentrarnos en el bosque quizá así encontremos algo- Contestó John.

Y así lo hicieron, a la mitad del camino estaban sedientos y tenían mucho sueño y decidieron parar a descansar. Cuando se despertaron volvieron a andar. Al enfocar con las linternas el camino vieron que algo brillaba en lo alto de una mata de perejil. Se acercaron y vieron que era una hoja de oro, se pusieron muy felices pero todavía les faltaba encontrar la colina donde deberían plantar la hoja de oro. Anduvieron unas horas más pero no encontraron la colina. Se dijeron a ellos mismos que nunca encontrarían la colina, pero de pronto, John pisó algo. Era un trozo de madera que pertenecía a una casa que estaba destruida y era vieja. Amanda recordó la leyenda que decía que la colina se encontraba detrás de la casa del anciano y que estaba enfrente de una charca. Amanda miró a su alrededor y vio unas grietas en el suelo, probablemente producidas por la sequia de la charca.

Amanda le dijo a John entusiasmada que allí era donde debía estar la colina. Enfocaron con las linternas al frente y vieron la colina. Solo les quedaban unos pocos minutos para plantar la hoja o si no, no verían salir el sol nunca más. Se dieron mucha prisa y subieron a la colina, pero a Amanda se le torció el tobillo y se le calló la hoja. John corrió a ayudarla apenas quedaban minutos para que se acabara el plazo, Amanda no podía andar así que John, subió corriendo a la cima de la colina. Cuando llegó allí solo faltaba un minuto para poder plantar la hoja. Cavó muy rápido con las manos y consiguió poner la hoja en el agujero y lo tapo antes de que se terminara el tiempo. Pasaron unos minutos pero no pasaba nada. A Amanda se le ocurrió que el árbol no crecía porque no lo habían regado, cogió su botella de agua y con el poco que le quedaba regó el pequeño hoyo. Al instante empezó a brillar algo y se aclaró el cielo.

Había salido el sol y un hermoso árbol con hojas de oro brotó del suelo. John y Amanda volvieron hasta su ciudad muy contentos de poder haber visto, por fin, el sol.

FÍN